



LA FELICIDAD HUMANA

A LAS NIÑAS DE MI DISTINGUIDO AMIGO DON PEDRO GRAU

Acceptad el pensamiento moral que entraña este artículo, como el testimonio del alto aprecio que de las virtudes que atesorais en tan temprana edad hace

J. C. MENA.

¡Felicidad humana! Hé aquí el centro de atracción de todas las aspiraciones del hombre, el faro engañoso que nos muestra un puerto de refugio para todas las tormentas del alma, la ilusión fugitiva que adormece los rigores de la adversidad.

Y no debe causarnos extrañeza que nuestras aspiraciones se dirijan irresistiblemente á la felicidad, porque si la sed material tiende á saciarse, la sed espiritual quiere también apagar el fuego que la produce, fuego que abrasa el corazón y que inquieta la mente, fuego que nos agita, que nos mueve y

que nos conduce á todas las situaciones tremendas de la vida.

Es ley, y como tal, inflexible, ineludible y respetable, el instinto de satisfacer todo cuanto nuestra imaginación concibe, todo cuanto nuestra fantasía sueña, todo cuanto el sentimiento nos muestra en sus risueños horizontes; pero ese instinto está subordinado en el hombre á otra ley más alta, más sabia, más salvadora, más inefable: á la ley moral.

Y en ese choque de las dos leyes se empieza á producir el infortunio humano, porque todo obstáculo nos enoja, toda dificultad nos molesta, toda contrariedad nos mortifica, todo, en fin, lo que se opone á los movimientos de nuestro corazón, es motivo de pesadumbre, es causa de quebranto.

Es, pues, la lucha entre los deseos irreflexivos é inconscientes de nuestra naturaleza y la idea moral, un origen de inquietud y de desasosiego, que nos hace sufrir y que engendra nuestra desventura accidental, pero que puede decidir de nuestra tranquilidad y de nuestro infortunio, según prevalezca la voluntad racional ó el ímpetu de nuestras pasiones.

La tranquilidad que se opera mediante el triunfo de la virtud sobre el egoísmo de nuestros deseos, es un bien inestimable, porque nos sobrenaturaliza y redime, porque nos hace superiores á las fuerzas materiales que nos impulsan á bastardos fines, porque nos levanta á una esfera superior desde la que descubrimos horizontes de luz y de ventura para después de la peregrinación terrenal.

Pero prescindamos por ahora de esa felicidad, que consiste en el conocimiento de la verdad de nuestro origen y de nuestro destino, conocimiento que nos alienta para continuar por el escabroso camino de la vida con ánimo esforzado y hasta con valor heróico, prescindamos de esa felicidad que procede de Dios y que tiene algo de divina, para fijarnos en esa quimera pueril que se llama felicidad humana.

¡Ah! no seamos paradójicos, no incurramos en la más monstruosa y más absurda de las contradicciones, no amalgamemos dos ideas que se rechazan y se repelen violentamente: la idea *felicidad*, con la idea *humana*. No, no hay que confundir cosas tan desemejantes, porque la idea *felicidad* es absoluta, y no transige con nada que no sea goce, que no sea satisfacción, que no sea dicha cumplida, que no sea ventura completa. Y la idea humana im-

plica la idea de limitación, la idea de trabajo, la idea de sufrimiento, la idea de quebranto, la idea de lágrimas. ¿Cómo, pues, armonizar elementos tan opuestos? ¿Cómo es posible concertar dos principios tan disonantes?

Pero hay una época en la existencia humana en la que las corrientes del corazón se encauzan en los deseos afectivos, en los instintos sentimentales, en el amor irreflexivo. Y así se explica esa confianza que la inexperiencia inspira á la infancia, y que también la inspira á la ignorancia, porque es indudable que, como alguna vez lo hemos dicho, el hombre ignorante es el niño de la inteligencia con las pasiones del hombre. En esa época primera de la vida, y en ese estado de tinieblas en que se encuentra la inteligencia sin instrucción, las pasiones y los sentimientos son los móviles de nuestros actos, y los astros que iluminan confusamente los horizontes de nuestro porvenir. Por eso se dice que la infancia es dichosa. Por eso también puede decirse que la ignorancia vive en una calma que no es compatible con un criterio ilustrado, con una imaginación ardiente, con una fantasía exaltada y febril.

¡Oh! no, no digamos nunca que somos completamente felices, humanamente hablando, porque al hacer tan temeraria afirmación, nos olvidamos de las leyes de nuestra naturaleza, nos apartamos de la verdad y cerramos los ojos á la luz de la evidencia. ¡Oh! no, no queramos ser enteramente felices, porque entónces pretendemos trastornar el orden de la creación, oponernos á los designios supremos y convertir el mundo en cielo.

La felicidad humana, en la que cons-

tantemente soñamos, no puede realizarse en toda su plenitud sin el concurso más eficaz de nuestra imaginación. Y cuanto más se dilata nuestra imaginación, cuanto más apura la copa del deleite espiritual, cuanto más se extasía en el ideal de placeres supremos, cuanto más se eleva y se levanta, tanto mejor mide la distancia que le separa del mundo real y positivo, tanto mejor comprende la violenta y espantosa transición de la ventura más inefable á la desgracia más terrible. Y como la imaginación no respira tan sólo en las esferas del pasado y se anticipa á las del porvenir, los recuerdos del ayer y los presentimientos del mañana anublan y oscurecen los brillantes espacios que, por un momento, y olvidándose de sí misma, recorrió rápidamente en su vertiginoso vuelo.

No, no creais en ella, no la querais tampoco. No creais en esa felicidad absoluta, dentro de lo temporal, porque esa felicidad es incompatible con las leyes de nuestra existencia; y nadie que de racional se precie debe creer en la posibilidad de la más anómala y más anacrónica de las contradicciones. No lo querais, no lo querais tampoco, porque aspirar á realizar en una esfera material y limitada el bello ideal que se llama felicidad, es olvidarse de lo que nos enseña nuestra propia conciencia con elocuente voz, es olvidarse de que hemos venido á este planeta que se llama tierra, á sufrir y á merecer; es olvidarse de que la virtud es el ánora de nuestra salvación, y de que, para que la virtud se desenvuelva y se engrandezca, desarrollando nuestras facultades y engrandeciendo nuestro ser, es indispensable la lucha, es im-

prescindible la contrariedad, es necesario el dolor.

¿Cómo, pues, creerse feliz el que comprende las leyes de la existencia humana?

¿Cómo, pues, querer ser feliz por medios humanos el que comprende su destino en el mundo?

La felicidad única es la felicidad relativa, ese estado superior en que el hombre se convence de su misión terrenal, y poseído plenamente de que la existencia es una cruz terrible que le salva si á su yugo se somete, acepta con resignación evangélica las contrariedades que le envuelven, los obstáculos que le rodean, y todo, en fin, cuanto puede herir las fibras más delicadas de su corazón. Entonces es cuando el hombre se rehabilita ante sí mismo por el heroísmo de la resignación, y al aceptar las pruebas que Dios le ofrece, se sublima y se engrandece, levantándose sobre el egoísmo material de la vida y dilatando su espíritu por las esferas celestiales.

Es, pues, indudable que nunca nos podemos considerar felices, dentro de lo humano, porque entonces, al apurar los placeres supremos que son los grandes factores de nuestra dicha, comprenderíamos que no son eternos sino fugitivos; que no son perpetuos, sino temporales; que no son absolutos, sino relativos; y al convencernos de que nuestra felicidad es tan limitada, comprenderíamos que tanto más tremenda sería nuestra caída, cuanto más elevado fuese el nivel de nuestra ventura; y el temor de perderla sería el más terrible de nuestros dolores, la mayor de nuestras desgracias, el más grande de los infortunios.

No, no queramos esa felicidad hu-

mana soñada por el materialismo en sus delirios, y aspiremos solamente á conquistar lícitas satisfacciones mediante los beneficios del trabajo y el heroísmo de la virtud, á respirar la

atmósfera de purísimos afectos, y á decir con voluntad convencida: Quiero sufrir en el mundo, porque quiero merecer el cielo.

JUAN CANCIO MENA.

UN COLECTOR LABORIOSO

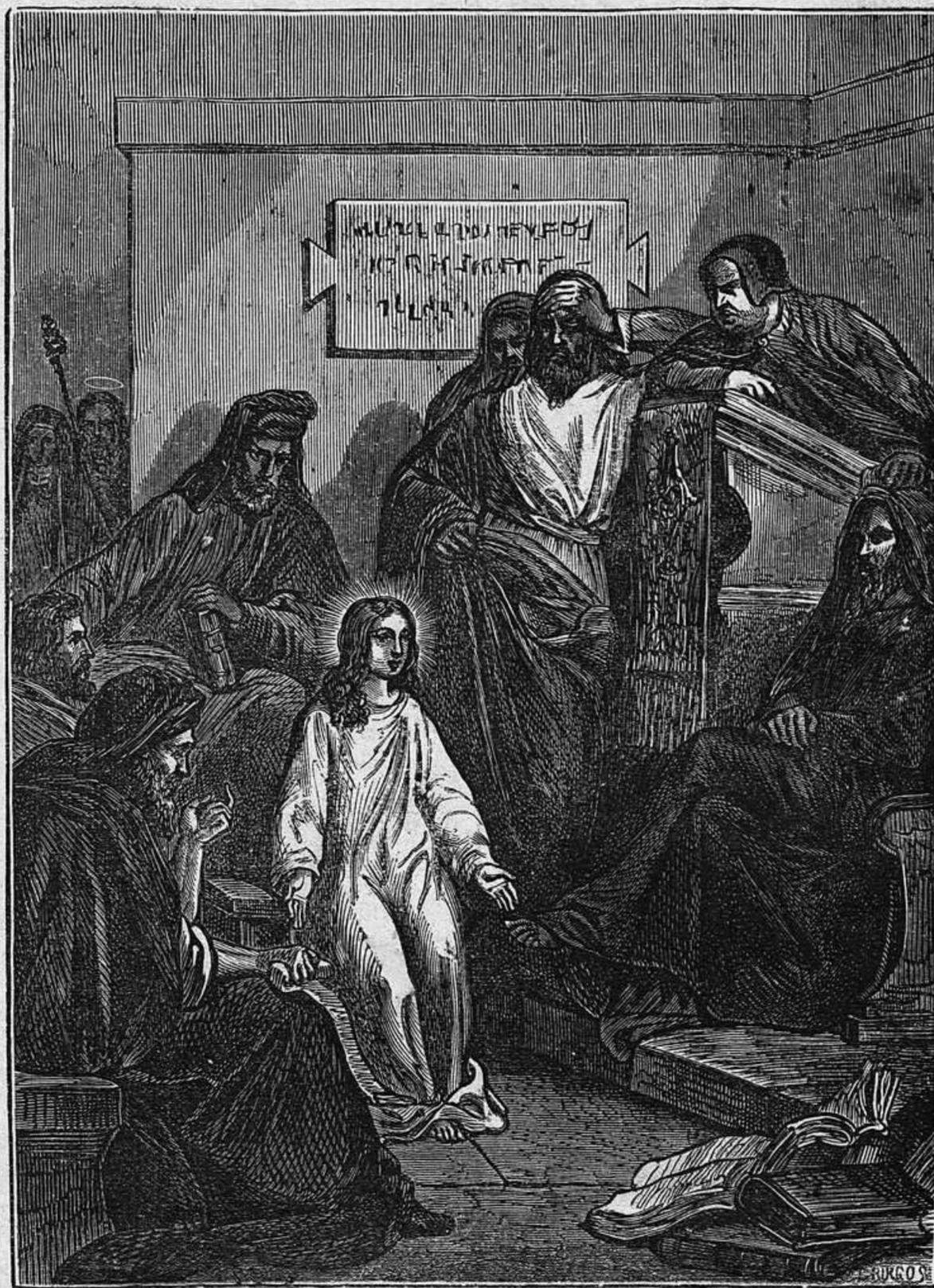
FÁBULA

Persona muy bien quista
y diestro pendolista
era un buen caballero
de la época del rey Carlos Tercero.—
Advertencia al lector. Si hay quien presuma
que es *pendolista* el hombre
que relojes de *péndola* fabrica,
yérralo su merced; sólo se aplica
el susodicho nombre
al que maneja con primor la pluma
(*péndola* antiguamente);
en fin, al que hoy llamamos *escribiente*
ó calígrafo *bueno*; aunque hay, por mote,
quien al tal apellida *tagarote*.
Sigo. Era, pues, calígrafo excelente
el señor mencionado,
muy amigo de andar siempre ocupado.
«No debe estar el hombre nunca ocioso,»
exclamar de continuo sé le oía;
y la prudente máxima cumpliendo,
años y años pasábase escribiendo,
y al instante guardaba cuidadoso,
sin permitirlo ver, cuanto escribía.
«¿Qué es lo que usted trabaja?» le decía
Paz, su sobrina y única heredera.—
«Pasmada lo verás cuando me muera,»
le contestaba el tío.
El pensamiento portentoso mio
á nadie le ocurrió; temo que un tuno

me lo robe quizá, si se trasluce,
y no quiero decirselo á ninguno.
Coleccion esmerada, provechosa,
grande y elegantísima reuno,
de datos importantes infinitos,
que en su día verás, de letra hermosa,
y en papel superior (donde se luce
la mia bien) con desahogo escritos.
En cuanto llegue mi final momento,
y mi trabajo veas y te asombre,
cumple lo que dirá mi testamento.»
La sobrina entre dientes murmuraba:
«¿De qué hará coleccion este buen hombre?»
Cuando ménos en ello se pensaba,
enferma el tío, y empeora y fina;
y en un arcon encuentra la sobrina
catorce arrobas de papel florete,
escrito de la propia
mano de aquel señor, con el membrete,
cada pliego por sí, de *Simple copia*.
Y la heredera Paz, notando al punto
ser copia el manuscrito de un impreso,
que, envejecido al mes, vale su peso,
este epitafio le plantó al difunto:
«Aquí yace don Pánfilo Trompeta,
colector diligente,
que su vida empleó constantemente
en copiar la *Gaceta*.»

J. E. HARTZENBUSCH.





JESUS ENTRE LOS DOCTORES



Toda la vida humana del Divino Salvador sobre la tierra fué una vida de misterios insondables para la limitada inteligencia del hombre. Ni palabras, ni actos suyos, ni suspiros ni lágrimas, pudieron llamarse indiferentes ó faltos de significacion y enseñanza. En todo se revelaba expresamente, ó se adivinaba bajo el velo del misterio, alguna leccion sublime que como fruto sazo-

nado entregaba al caudal de sabiduría de la humanidad.

Muy jóven era todavía, casi un niño, cuando ocurrió en su preciosa existencia un acontecimiento cuyas peregrinas circunstancias han ejercitado más de una vez la sabia meditacion de insignes escritores y Padres de la Iglesia. Dicho acontecimiento es el que comunemente se expresa cuando se dice «Je-

sus perdido, y hallado en el templo.»

Era Jesus adolescente. La pureza de los doce años resplandecía en su semblante. Sus dorados cabellos, sus ojos que copiaban la luz del cielo, su gentileza natural, su sereno continente revestían su humanidad de terrenos encantos que por muy espléndidos que fuesen no eran sino pálida imágen de aquella gracia y sabiduría soberana de que estaba lleno.

La santísima María, el santo José tenían puestos en él cuantos sentimientos de ternura y amor pueden brotar del más puro de los corazones. Cualquiera dolor que á él se refiriese debía ser dolor mortal por lo agudo de sus punzadas, y uno de esos les aguardaba creyendo que habían perdido á aquel imán de su vida y de su ser.

Fieles observadores de la Ley, queriendo dar los primeros ejemplos de obediencia á las ceremonias que su culto prescribía, no podían menos de asistir todos los años á la augusta solemnidad de la Páscoa, que era en la religion judáica la más venerada de todas las fiestas. Llegó este momento en uno de aquellos, y aunque Nazaret, morada ordinaria de la Sagrada Familia, distaba mucho de Jerusalem, acudieron á esta ciudad por el piadoso fin ántes indicado. Con María y con José iba también el adolescente Jesus, á quien, sabedores del espíritu que le animaba, consintieron fácilmente que les acompañase, por más que treinta leguas separasen la modesta ciudad de Galilea y la que en Judea guardaba dentro de sus muros el templo del Señor.

Verificadas y terminadas las solemnidades de los Ázimos, que duraban siete días completos, retornaron los

amantes esposos á Nazaret, permitiendo Dios por inescrutable arcano, que, sin advertirlo ellos que nunca apartaban su pensamiento del Divino Niño, quedase éste en Jerusalem. Todo un día caminaron creyendo que iba en su compañía; pues acostumbrándose entonces, según atestiguan doctos escritores, á que en grupos separados marchasen los hombres y las mujeres, y teniendo al propio tiempo en cuenta las prerogativas de la inocente edad del Salvador, debió opinar la Madre que estaba al lado de José, así como éste que caminaba en compañía de su castísima esposa. No de otro modo se puede explicar humanamente este inexplicable suceso.

Llegó la noche, y la comitiva se detuvo en Berea, como á unas tres leguas y media de Jerusalem. ¡Oh qué dolor tan penetrante estaba allí reservado á aquellos ternísimos corazones! Buscaronle por todas partes, preguntaron con indecible afán á parientes y conocidos, no omitieron pesquisa, ni diligencia para hallarle, mas todo fué en vano: Jesus no parecía, Jesus no respondía á su desolada voz, Jesus se había quedado en Jerusalem. Convencidos de tan triste verdad, partieron en su busca para dicha ciudad en cuanto iluminaron el cielo los primeros albores del nuevo día.

Ahora repetiré yo las consideraciones que sugiere este acontecimiento á un distinguido escritor francés, contemporáneo nuestro: «¿qué sitio, dice, había elegido Jesus para albergarse, y qué auxilios había hallado para subsistir durante los dos días que estaba separado de María y de José? — Se ignora. ¡Venturoso el fiel israelita que acogió en su casa al Divino Niño du-

rante este corto intervalo , si es cierto que honrase con su presencia á alguno de los habitantes de Jerusalem! El Hijo de Dios estaba sujeto á las necesidades, porque de su propia eleccion se habia sometido á las nuestras, pero podia pasar sin los auxilios que nos son indispensables, y estaba seguro desde su más tierna edad de que Dios su Padre concederia infaliblemente á la dignidad de su persona los milagros que le pidiera.»

Llegado habia en tanto el tercero dia desde su pérdida, cuando la afligida Madre y su no ménos dolorido esposo entraron de nuevo en el templo, y en él, con inmenso gozo, descubrieron al Hijo adorado, cuya breve ausencia tan hondo dolor les habia producido.

Sentado estaba entre los maestros de Israel, entre los Escribas y Doctores de la Ley, en uno de los vestíbulos ó galerías exteriores del templo, donde aquellos solian reunirse en dias determinados para explicar á numerosos oyentes, y estudiar entre sí, las divinas Escrituras. Su rostro resplandecia con la luz inefable del Verbo hecho carne: circundaba su frente y bañaba su inconsútil vestidura una espléndida aureola. De sus labios brotaban raudales de ciencia y vida, ya contestando con sin igual dulzura á los orgullosos Fariseos, ya confundiéndolos con la justicia y rectitud de sus preguntas. Cuantos le oian quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas: todos se preguntaban si aquel Sér tan prodigioso era un ángel humanado.

Al verle José y María quedaron tambien maravillados, por más que ésta era ya por su parte conocedora de la sabiduría infinita de aquel casto fruto de su seno. Acabada que fué la instruc-

cion del jóven y Divino Maestro, la amorosa Madre se creyó en el caso de quejarse á él tiernamente, bien por el secreto que habia guardado en sus designios, bien por los afanes que les habia ocasionado su ausencia. Y hablóle de este modo: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo llenos de afliccion hemos andado buscándote.»

Mas él les respondió con grave y mesurado acento: «Por qué me buscábais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?»

¡Admirable respuesta! Dió entónces á conocer, aunque los que estaban presentes no lo comprendieron, que no sólo era hijo de María, sino que tambien era Hijo único de Dios Padre; como asimismo enseñó que la voluntad del Padre celestial debe preferirse á los gritos de la sangre y á toda consideracion humana. La Virgen María, iluminada con luz superior en la inteligencia, conservaba todas estas cosas en su corazon para meditarlas despacio en el arcano de su alma.

Si vosotros fijais ahora la consideracion en los diversos accidentes de este breve pasaje, vereis con qué razon os decia al principiar el presente artículo, que nada hay indiferente, nada que no sea fuente de superior doctrina en la vida de Nuestro Señor. Ya os lo he indicado, aunque someramente, en los puntos oportunos: aplicad á vosotros la leccion en aquella parte que os puede obligar, esto es, en la necesidad de hacer siempre la voluntad de Dios, lo cual fué en compendio la vida del que nació en un pesebre y espiró en una cruz.

ANTONIO ARNAO.

EL QUINTO NO MATAR

CARTA ESCRITA A LA NIÑA PÉPITA SANDOVAL Y KRUS

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE MI AHIJADA GUILLERMINA

I

Conque ¡imperiosa
me mandas en tu carta peregrina
que te diga á tí cosas y te cuente
la historia de mi ahijada Guillermina?

En cuanto á tí, á quien amo tiernamente,
te diré, ¡qué sé yo! que eres divina;
y con respecto al ángel de pureza
de unos ojos tan grandes y tan bellos
que se veía en ellos
cuanto más grandes eran, más tristeza,
te contaré que es tan fatal mi suerte,
que soy como aquel bardo de la historia
que, mientras tuvo voz, arpa y memoria,
cantó á una niña *ausente por la muerte*.

II

Con un mirar muy dulce y concentrado,
la pobre ahijada mía,
como el tuyo, tenía
un aire sério, encantador y honrado.
Tú sola eres tan bella;
tú eres como ella el sol más hechicero;
y tú también, como ella,
eres un sér que con el alma quiero.

Sus pestañas llevaban
el pudor y la sombra cobijados,
y, con serena majestad, sombreaban
sus ojos por modestia algo asustados;
y como, en torno de ellos, se sentía
la seducción que viene desde adentro,
donde quiera que estaba, ella era el centro
de un grande remolino de alegría,

Mórbida y gruesa con igual encanto,
era airosa aún cubierta con un manto;
y de salud y de bondad modelo
se parecía al serafín de un cielo;

pues, cual si un ángel de Murillo fuera,
á la luz de un candor inextinguible,
aquella niña buena y hechicera
parece que podría, si quisiera,
ser impalpable, es más, ser invisible.

III

Un día aquella niña candorosa,
avezada á las tiernas efusiones,
con cierta ortografía caprichosa
me escribió estos renglones,
(que los copió dictándose ella,
otra *Licurga* grande y menos bella,)
cuyas letras, cual notas musicales,
en fantásticas formas de dibujadas,
recordaban en grupos desiguales,
los dedos misteriosos de las hadas:
—«Padrino, ven, ó moriré de espanto:
de veras te lo digo.

Como en un mes he padecido tanto,
tengo hambre voraz de hablar contigo.

»¡Cuánto recuerdo, de ternura llena,
que mi madre, formando mis delicias,
me solía probar que yo era buena
con razones de abrazos y caricias!

»¡Qué diferencia de hoy, padrino mío!
¿Recuerdas que, al traerme á este convento?
porque hacía en el coche mucho frío,
los pies me calentabas con tu aliento?

»Ven pronto á que te cuente
la causa que mis males ocasiona;
y después, francamente,
me dirás si una tórtola es persona.

»¡Lo que está aquí pasando es hasta impío.
Me tratan de manera
como si yo, á mi edad, ya no supiera
que *el quinto es no matar*, padrino mío!»—

IV

¿El quinto es no matar? ¡Virgen María!
 en mi interior decia;
 Si aquel coro adorable
 de angelitos de Dios, allí metido,
 habrá por inocencia cometido
 alguna atrocidad inconfesable?

Pero luego pensé, Pepita amable,
 que el ser mala, á tu edad, es ser divina;
 y abrigué la esperanza inapreciable
 de que la gran culpable
 lo fuese mi adorada Gillermina,
 porque, lo mismo á mí que á todo viejo,
 en materias de gracia femenina
 me hace feliz el género diablejo.

Y al convento marché sin mucha pena,
 pues fui compadeciendo
 á la niñez que, de inocencia llena,
 va de un grano de arena
 una montaña haciendo;
 hasta que, el tiempo andando,
 por un gentil error de óptica extraña,
 su tamaño achicando,
 llega por fin, bajando,
 á ser grano de arena la montaña.

V

Llegué y reinaba en el asilo santo
 un silencio profundo,
 hijo sin duda del terrible espanto
 que he de contar aunque se asombre el mundo.

Es el caso que un dia
 las pensionistas con horror supieron
 que, cuanto ellas pensaban, se sabia;
 y, además, advirtieron
 que cuando alguna averiguar queria
 quién era la habladora
 que á las niñas vendia,
 —«Todo, todo»—la anciana directora,—
 «me lo cuenta á mí un pájaro,»—decia:
 é irritadas al pájaro buscando
 con febril movimiento,
 las niñas conspirando
 un plácido rumor iban formando
 de hojas de flor movidas por el viento;
 hasta que, al fin, llegando
 el terrible momento,
 una niña valiente
 —«¡Esa es!»—gritó con varonil acento,
 señalando á una tórtola inocente
 que amaba con pasión la directora;

y luego otra oradora
 todavía más fiera y elocuente,
 aseguró que, decididamente,
 la tórtola era mala y habladora.
 Y juzgándola autora de sus males,
 á morir á la tórtola condena
 aquella reunion de criminales,
 que imitaba, afilando sus puñales,
 el ronco despertar de una colmena;
 y siguiendo á la vaga teoría
 la insurrección armada,
 al ave calumniada
 que en el convento habia
 (y que por viuda y tórtola tenia
 la desdicha de ser dos veces triste),
 aquella desalmada compañía,
 con la gracia á que nada se resiste,
 no la volvió ya á echar, desde aquel dia,
 migas de pan revueltas con alpiste.

VI

Poco despues el pájaro inocente
 murió; mas claramente
 adivinar se deja
 que, por otras cuidada, dulcemente
 la tórtola feliz murió de vieja.

Mas ¡oh qué crueldad, Pepita mia!
 en términos fatídicos y oscuros,
 la anciana directora, que creia
 que es digna de castigo la alegría,
 á aquellos seres puros
 los acusó de corazones duros;
 pues creen algunas, de ternura ajenas,
 que á las muchachas, ángeles sin alas,
 aunque les cause penas,
 para que sean buenas
 es forzoso decirles que son malas;
 y por eso, con aire pensativo,
 ya no alegraron el retiro santo
 con el candor nativo
 de aquellas risotadas sin motivo
 que de las niñas son la voz y el canto;
 y era tal el espanto
 que de noche sentian,
 por si en la sombra aparecer veian
 el espectro del pájaro ofendido,
 que, despiertas, de miedo que tenian,
 se hacian compañía haciendo ruido.

VII

Mas tú preguntarás: y, ya pasadas
 esas tristes jornadas

que de un hombre honrarian el desnudo,
¿qué hacian las terribles conjuradas?
Como siempre, espantadas,
rezar juntas, llorar y tener miedo;
y más cuando la niña tan valiente
acobardada ahora,
se atrevió á preguntar tímidamente:
—«¿Las tórtolas, señora,
tienen lo mismo que nosotras, alma?»—
Y admirando el candor, la directora:
—«¿Vaya si tienen!»—respondió con calma.
Y al oír tal sentencia,
lo mismo que unas pobres golondrinas
temblarian de un buitre en la presencia,
aquella sociedad de Catilinas
sintió remordimientos de conciencia.

VIII

Y hasta aquella preciosa criatura
que, objeto de mis ansias más constantes,
llegué á abrazar, poco ántes
de empezar su postrera calentura,
al hallarme á su lado, tiernamente
suspiró, más que dijo, lo siguiente:
«Soy muy mala, es verdad, mas no me riñas,»
y continuó mirándome de frente,
con unos ojos grandes, todo niñas:
—«porque apurada ya nuestra paciencia,
dejamos morir de hambre
á una tórtola bruja y habladora,
la madre directora
á todos asegura
que somos un enjambre
de niñas sin conciencia,
sin más Dios que el placer y la hermosura.»
—«Cuenta, cuenta, hija mia,
lo que de tí la tórtola decia,»—
dije á la pecadora
que confesaba, trémula y sumisa,
la muerte de la tórtola habladora
con una turbacion que daba risa;
y poniendo en su voz el tono amante
que hace divina la palabra humana,
sigue así, mientras brilla su semblante
con toda la hermosura del mañana:
y ¡oh! ¡qué grato es oír cómo nos cuenta
sus muchos desengaños
una boca de miel de pocos años
á unos torpes oídos de cincuenta!
—«Cuando yo me dormía,»—
la niña proseguía,
«la tórtola, mirándome á la frente,

todo cuanto soñaba me veía,
por más que, con cuidado
al dormirme, acostándome de lado,
con el brazo hasta el pelo me cubría.

»Por aquella habladora,
cuya muerte hoy á todas nos aqueja,
supo la directora
que por ser, cual mi madre, una señora,
tengo yo mucha prisa de ser vieja;
y no falta quien jura
que le dijo que yo, por no ser buena,
la lectura amo más que la costura,
y que cualquiera música que suena
me gusta mucho más que la lectura;
que soy tan vanidosa,
que, si cojo una luz, de amor avara,
me la acerco á la cara
para que vean bien que soy hermosa;
que tengo sentimientos inhumanos,
porque á veces, muy pocas, se me olvida
besar el pan que, estando distraída,
se me suele caer de entre las manos;
que el semblante risueño
acostumbro á poner por cualquier cosa,
y los dientes enseño,
porque estando resuelta á ser graciosa,
nunca sé desistir de tal empeño;
que el ser pobre me pesa;
y que tal fe la vanidad me inspira,
que sueño que soy reina, y es mentira,
porque suelo soñar que soy princesa:
y en fin, que soy tan loca,
que sólo pienso en cosas imposibles...»
y diciendo otras gracias indecibles
con un beso despues cerré su boca.

Y mientras yo estrechaba
sus manos con las mías,
y ella en seguir contando se empeñaba
su serie de preciosas niñerías,
ya á perturbar su clara inteligencia
la fiebre comenzaba,
y exaltada la niña, en su inocencia,
á intervalos serena, prorumpia:
—«Si escuchase estas cosas, ¿qué diría
mi padre, que es tan bueno, y me enseñaba
la piedad, el perdón y la paciencia?»

IX

Como la estancia aquella
un extenso jardín la circundaba,
junto á la niña enferma se aspiraba
un perfume de flor que se ignoraba

si procedía del jardín ó de ella.

Crecía con el mal la calentura;
y, ya oraba la pobre criatura,
ya uniendo las ideas con trabajo,
me acariciaba hablándome muy bajo;
y cuando, ya, inconexos, terminaban
los rezos que sus labios dedicaban
á su padre, á su madre, y sus hermanos,
poniéndolas en cruz, se acariciaban
cual dos palomas sus redondas manos.

Y en el postrer momento
fué la tórtola viuda
su gran remordimiento,
pues eran tal su horror y sentimiento,
que el alma de aquel pájaro sin duda
inquietaba al morir su pensamiento.
¡Así, niña querida,
á aquella criatura,
cuya memoria pura
tendrá fin con mi vida,
después de tan horrible calentura,
llegó la muerte y la llevó dormida,
mientras yo, inconsolable,
cuando su almita desplegaba el vuelo,
por la parte del cielo
oía cierta música inefable!...

X

De este modo llegó, como jugando,
el más largo y más hondo de mis duelos.
¡Conforme sopla el viento, va arrastrando
sueños del hombre y nubes de los cielos!
Y ¡nunca más, alma del alma mía,
he de volver á verte?
¡Cuánta razón tenía
la antigua poesía
que puso al lado del placer la muerte!
¡Adios, días serenos,
que, hundiéndoos de la noche en el abismo,
dejais mis ojos de tinieblas llenos!
¡Murió! ¡Cómo ha de ser! ¡siempre lo mismo!
¡Una tristeza más; y un sueño ménos!

XI

¡Llora por mí, Pepita encantadora:
y hoy que el pesar mi corazón traspasa,

ven, por piedad, á reemplazar ahora
á aquella ave cantora
que ahuyentaba el dolor de nuestra casa!

Tu mano compasiva
cierre mi herida para siempre abierta,
porque es muy justo que la niña viva
me alivie de la pena de la muerta.
Y evitando el atroz remordimiento
de no ser fiel al *quinto mandamiento*,
te ruego, por lo mucho que me quieres,
hada, como ella, buena y hechicera,
que, mientras seas niña, como hoy eres,
no ofendas á una tórtola siquiera:
y teniendo presente la experiencia
de aquella criatura
de quien fué el torcedor de su conciencia
un pájaro, que es solo en la escritura
emblema del candor y la inocencia,
cuando llegues á ser en adelante
más amada que amante,
como una mujer bella es tan terrible,
¡honor de Portugal, gloria de España!
al poner esos ojos en campaña
no mates á ninguno, si es posible!

XII

¡Santo Dios! ¡Quién creería
que, ántes que yo, á la tumba bajaría
la que, templando de mi edad las penas,
junto á la mar un día y otro día
rebosando alegría,
después de coger conchas y azucenas,
mecida en mis rodillas se dormía!
¡Adelante, ánsias mías, adelante!
Muramos con la niña idolatrada.
Mas ¡ay! si para el pobre caminante
es larga todavía la jornada,
¡no habrá un recuerdo amante
de mi vida pasada
que á aligerar constante
venga el dolor de mi alma destrozada?...
¡Gracias, gracias, espíritu radiante
de mi madre adorada,
porque al verme llorar, desconsolada,
has venido á abrazarme en este instante!

RAMON DE CAMPOAMOR.



UN JUEGO PELIGROSO



No hay duda que este balanceo es muy agradable; pero, ¿qué sucede si uno de los niños se cae?... Que los dos se lastiman.

LA NIÑA CONVERTIDA EN GATA

CUENTO POR MME. GIRARDIN

(Continuacion)

VI

LA CARTA

Al lucir la luz del día, Antonia, temiendo que la arrojaran de aquella casa, en donde experimentaba el doloroso placer de ver á su madre, se sube

al tejado, con el objeto de ver sin ser vista.

Triste y pensativa se hallaba, cuando oyó en el patio de una casa vecina abrirse una ventana, y vió entónces el interior de una preciosa habitacion, en cuya chimenea ardia un buen fuego.

Sobre la mesa habia algunos libros, y jarrones con flores. En seguida recorrió Antonia la carta que tenia que escribir á su madre, y resolvió penetrar en aquella habitacion. Saltó, pues, á la ventana, y viendo que en aquella especie de gabinete no habia nadie, se lanzó en él atrevidamente.

Al saltar tiró al suelo una miga de pan que habia sobre un carton de dibujo, lo cual indicaba que alguna persona iba á ir á dibujar á aquella habitacion.

Antonia no habia comido desde la víspera, y no pudiendo resistir á la tentacion, se comió la miga de pan con el mayor apetito.

Despues de tan espléndido festin, pensó en la manera de escribir á su madre, para lo cual, saltó sobre un sillón que habia cerca de una mesa, y cogió la primera pluma que encontró al alcance de su patita: pero ¡ay! la dificultad estaba en poder coger bien aquella pluma, y trazar algunos caracteres que pudieran leerse. Despues de haber trazado algunos rasgos informes que parecian letras, Antonia quiso leer su carta, pero se convenció de que era imposible que persona alguna descifrase aquellos garrapatos; habia escrito como puede escribir una gata. ¿Habeis visto vosotros á algun animalito de esos escribir una carta?...

Viendo que no podia escribir con la pluma, la arrojó, y metiendo la patita en el tintero probó á escribir con las uñas, y con esto sólo consiguió llenar de borrones el papel, sin trazar caracteres inteligibles.

Ya habia manchado de tinta todos los papeles que habia sobre la mesa, y esta, y el sillón, y varios libros, cuando llegó la persona á quien pertenecia

aquella habitacion. Era una hermosa jóven de diez y seis años, que se sorprendió mucho al hallar en su cuarto una enorme gata desconocida y ocupada en escribir.

Léjos de enfadarse Mariquita, que así se llamaba la jóven, muy contenta de ver una gata tan instruida, empezó á acariciarla y le dió bizcochos y leche con la mayor amabilidad, y entónces sí que se alegró Antonia de haber aprendido á escribir cuando era niña, porque esta habilidad le valia, cuando era gata, tantos halagos y mimos.

Tambien recordó que el brujo le habia dicho que no recobraría su primitiva forma hasta que alguien le dijera: —Antonia, yo te perdono;— y la pobre gata, viéndose tan bien tratada, cobró aliento y esperó que un dia podría acaso lograr que la interesante y amable jóven, que tanto manifestaba quererla, pronunciase aquellas palabras salvadoras.

VII

LAS PRUEBAS

Por la noche Antonia volvió á casa de su madre, pero ésta acababa de partir. Sus parientes y amigos la habian arrancado de aquel triste lugar donde habia perdido á su hija, y se proponian hacerla viajar para distraerla y evitar que sucumbiese á sus crueles penas.

Mucho entristeció á Antonia la ausencia de su madre, y la afligió en extremo la idea de que todos procuraban que la olvidase. Bien sabia que su madre no podría consolarse en mucho tiempo, pero al fin suponía ¡la ingrata! que las personas que la rodeaban podrian lograr mitigar sus amarguras.

Antonia pasó la noche en la cochera, y apenas vió abierta por la mañana la ventana del cuarto de Mariquita, corrió allá, siendo recibida con alegría, como se recibe á una verdadera amiga.

—¡Mariposa! ven aquí, dijo Mariquita, creyendo que este nombre no disgustaría á la gata.

Pero esta no acudió, dando así á entender que ese nombre no era el suyo.

—¿No te llamas así?... Entónces te llamarás Violeta. Yo te he de poner algun nombre, ya que tú no puedes decirme el tuyo.

Estas palabras inspiraron á Antonia una idea luminosa, y echó á correr, y subiendo escaleras, atravesando tejados, llegó á penetrar en su casa, donde todo estaba abierto aún, como que se estaba haciendo la mudanza.

En su cuarto estaban aún los juguetes y los vestidos de Antonia, y esta, aprovechando un descuido de las personas que se hallaban al cuidado de todos los efectos de la casa, cogió entre los dientes uno de sus pañuelos y salió con él á escape, como si hubiera hecho una mala acción.

Ella misma habia bordado su nombre en una de las puntas del pañuelo; con él en la boca fué á buscar á la amable jóven, y poniéndoselo delante le señaló graciosamente con la patita las letras que decian *Antonia*. En vano la jóven le daba otros nombres; ella no hacia más que señalar al nombre bordado, y al fin hubo de convencerse Mariquita, de que la gata queria que se la llamase *Antonia*, cosa que no dejó de sorprender á la juiciosa jóven, que no acertaba á comprender cómo una gata tenia nombre de mujer.

Y Antonia se instaló en la casa de Mariquita con su verdadero nombre; lo más difícil ya estaba hecho; ya no faltaba más que hacer decir á su ama: *yo te perdono*, y esto no era en verdad tan difícil como acaso parecerá á mis lectores. Todo consistia en hacer algo que enojase á Mariquita, y lograr luego su perdon, que lo conseguiria, siendo como era tan bondadosa aquella jóven.

Antonia vió una caja de dulces que le habian regalado á su ama; la abrió, comió muchos, tiró los demas, puso la caja hecha una lástima, y esperó con ansia el regreso de Mariquita, suponiendo que la reprenderia agriamente. Pero Mariquita no se enojó, y aún rió la gracia de la gata.

Antonia tuvo que hacer otra prueba. Allí estaba sobre una mesa un hermoso paisaje pintado por Mariquita; Antonia lo cogió y lo hizo mil pedazos, y luego fué á esconderse debajo de la mesa para salir oportunamente cuando su ama viese aquella catástrofe y se indignara contra ella.

Tampoco logró la gata lo que deseaba. Mariquita se resignó á la pérdida del dibujo, y no quiso decir nada á su padre para que éste no despidiera de su casa á la autora del atentado. Lo que hizo fué empezar otro paisaje, como si nada hubiera sucedido.

Antonia empezó á perder las esperanzas de obtener de su ama aquellas misteriosas palabras que le habian de devolver su primitiva forma.

VIII

OTRA PRUEBA

Algunos dias despues recobró la esperanza. Al entrar en el cuarto de Mariquita, vió una hermosa guirnalda de

rosas que acababan de traer; la doncella habia cometido la imprudencia de dejarla sobre la almohada, mientras Mariquita se peinaba delante del tocador y no podia ver lo que pasaba en la alcoba.

Antonia aprovechó la ocasion; Mariquita debia ir á un gran baile, y tenia que vestirse con gran lujo, luciendo aquella hermosa guirnalda.

Mientras la peinadora, que arreglaba el cabello de Mariquita, contaba á ésta que habia peinado aquella noche á muchas señoras que debian asistir al mismo baile, la gata saltó sobre la cama, y con el peso de su cuerpo aplastó y ajó todas las flores que componian la guirnalda; y no fué eso lo peor; sino que, como habia llovido y ella habia andado mucho por el patio, tenia las patas llenas de lodo, y con ellas puso la guirnalda en el más deplorable estado que podeis imaginaros. Ya no se conocia que aquellas eran rosas y azucenas; la guirnalda estaba completamente inservible, y sólo podia repararse el daño con otra nueva, aunque era imposible hallarla igual y de tanto gusto.

Cuando llegó el momento de colocar la guirnalda en la hermosa cabeza de Mariquita, la peinadora fué á cogerla y dió un grito de espanto al ver saltar de sobre la guirnalda á la mal intencionada gata.

—¡Señorita, exclamó, es imposible ponerle á V. la guirnalda! Ya no la hay: esa maldita gata la ha convertido en un guiñapo.

Y enseñaba á Mariquita los sucios restos de la hermosa guirnalda.

Mariquita no era coqueta, y no cifraba su orgullo en un adorno más, sino en ser buena y sencilla. En vez de

enojarse se echó á reir, y renunció de buena gana á llevar en la cabeza otro adorno que una rosa natural. Esta sencillez hacia brillar más su peregrina hermosura.

Antonia no consiguió su intento, y salió de la habitacion irritada, furiosa contra aquella jóven que ni siquiera se enojaba cuando le sucedia una desgracia tan grande, como la de tener que renunciar á un adorno tan bello.

Antonia reprochaba á Mariquita su apacible carácter y su modestia, como si fuera un crimen, y no le podia perdonar la humildad con que inocentemente defraudaba todas sus esperanzas.

IX

EL RESENTIMIENTO

Antonia pasó un mes llena de tristeza, en la mayor angustia; cada vez se le hacia más insoportable su condicion de gata, y la afligia profundamente no ver á su madre, cuyas caricias serian todas para sus primitas, más dichosas que ella.

Desesperaba ya de poder enojar á Mariquita hasta el extremo que ella deseaba para poder aspirar á su perdón, y obligarla á decir las palabras del brujo. Era preciso, pues, dar un disgusto muy grave á Mariquita, y la pobre gata niña, ó niña gata, sentia ser ingrata con quien tanto la queria, y afligirla demasiado.

Pero no habia otro medio; Antonia no tenia otro recurso para librarse de aquel horrible martirio; mis lectores comprenderán su pena, considerando lo que ellos sentirian si se vieran convertidos en gatos, perros ó borriquitos. Afortunadamente, no les sucederá semejante trabajo.

(Se concluirá.)

AL COLEGIO, AUNQUE LLUEVA



Han de saber Vds. que estas niñas y este niño no querian ir al colegio cuando llovía, y así en el invierno, la mayor parte de los dias faltaban al colegio, y perdian un tiempo precioso.

Pero su papá, persuadido de que la lluvia no mata á nadie, y de que los niños no deben perder un solo dia de estudio, á no ser por enfermedad, les ha comprado un paraguas, y van al colegio, aunque llueva, y no creais que les sucede nada desagradable ni se resiente su salud.

